

períodos en que los celos del oficio enconaron más las pasiones; de éstas dimana la extreosidad en elogios y censuras.

Sostiene Rojas que Cervantes fué un poeta de abundante vena y fácil versificación. Rimó durante casi todo el curso de su vida y acometió los géneros más opuestos.

La colección que presenta al público consta de unos quince mil versos, cantidad que mal se aviene con la pretensa dificultad para componerlos que por lo común se le adjudica.

Cree Rojas que esta abundancia «incorrecta y desordenada», conspira contra la calidad de la versificación que es a menudo detestable, y concede que «son más los versos malos que los buenos,» pero «unos centenares de versos excelentes entresacados de su obra total los contrapesan y muestran que Cervantes» poseyó *el don del ritmo* característico del poeta en verso».

Pesada tarea ésta de compilar concienzudamente poesías del siglo XVI y XVII. No tenemos a mano ejemplares «princeps» de ninguna de las obras que forman la colección. En estas condiciones hay que compulsar los de más reciente edición, en quienes los errores abundan. Su prudencia en el discernimiento sobre si son o no errores cometidos por Cervantes los que en reediciones se hallan es grande, a tal punto que verifica la meticulosa que Bonilla y Schevill hicieron de «La Galatea.»

Además, al modernizar la ortografía en la mayoría de sus versos hubo de tener en cuenta el distinto valor prosódico que los grafismos tenían entonces, y al estimar la propiedad de la rima y el metro recuerda siempre la elasticidad de las reglas ortográficas de la época de Cervantes, especialmente en el siglo XVI.

Ricardo Rojas llevó a cabo su labor, con el entusiasmo y la seriedad que le es habitual.

G. H.

La Sulamita por *Arturo Capdevila*. (Edición de «Nosotros»)

¡Bienvenida «La Sulamita» porque es un libro de bellezas!

Con cierta prevención tomo las obras de nuestros escritores y con esa inquietud abrí la de Arturo Capdevila en la primera página; lo abandoné al terminar la última: lo había leído todo sin detenerme un solo instante. Es el mejor elogio que puede hacerse de una obra.

Han caído ante mis ojos varias críticas periodísticas referentes a ese libro y, francamente, he de confesar que no las comprendo, rara es

la que juzga lo que debe juzgar; los más, con derroches de erudición ocasional, no ven en «La Sulamita» más que un trabajo de exégesis interpretativa completamente erróneo.

Yo creo que precisamente, ahí está el error. Nadie hubiera caído en él con sólo tomarse la molestia de leer los comentarios que van como apéndice de la obra; entre otras habría encontrado esta rotunda afirmación que desarma a la más áspera crítica «erudita»: «Yo he fundado, verdad, mi evocación en las interpretaciones laicas, mas lo he hecho con el simple propósito de mostrar algo de la antigua belleza: no por realizar obra exegética.» De modo, pues, que los felillosos eruditos de gaceta pueden hincar el diente en otras viandas: ésta les está vedada.

¿Quiénes dijeron por ahí que el argumento era trivial para utilizarlo en nuestro siglo como tema dramático? Quienes no se preguntaron primero si «La Sulamita» producía una verdadera emoción estética. Me explico que se repudie un argumento cuando éste motiva un fracaso artístico, pero sería ciego e insensible quien lo afirmara por la obra de Capdevila.

«La Sulamita» se halla escrita bellísimamente, tan bellísimamente, dentro de su sencillez candorosa y suave, que dificulto la existencia de muchos escritores nuestros capaces de superar su prosa. Por eso he sonreído al notar cierta coincidencia en algunas críticas, que se lamentan de que Capdevila no haya hecho uso de sus versos. Pero ¿por qué? ¿cabe menos poesía, menos belleza dentro de la prosa?... Bueno es saber, para poder criticar, qué es una hermosa prosa... Las novelas de D'Annunzio no están escritas en verso...

Es una obra hondamente sentida y cariñosamente creada «La Sulamita». Es un puñado de flores silvestres, besadas por una pastora ideal, empapadas en un sereno crepúsculo oriental de estío y sumidas humildemente en un vaso de oro.

Capdevila es ante todo poeta y ha derramado un apacible lirismo en todas sus páginas. Su obra, más que teatral, es un poema dialogado; le faltarían muchas cosas para que tuviera buen éxito en la escena y, desde luego, no creo que haya sido ésta la verdadera intención del autor, a pesar de las acotaciones que indican los movimientos de la acción, a mi modo de ver; forman ellas un todo con el resto de la obra, como que están escritas con todo cuidado y desnaturalizadas por un delicado derroche de poesía.

Quisiera tener más tiempo y más espacio (¡los eternos déspotas de nuestros deseos!) para haber hecho un estudio prolijo tal como lo merece la obra, pues esto ni es estudio, ni lo parece, ni pretende serlo; es sólo rápido comentario que quiere condensar una opinión.

«La Sulamita», vuelvo a decirlo, es una obra bella, que vale la pena leer, pues a buen seguro el lector verá recompensado su trabajo con una hora de agradable emoción. ¿Por qué? Porque está escrita con verda-

dero arte, porque está preñada de poesía en sus sentimientos y en sus imágenes originales y acertadamente halladas, porque hay sinceridad artística, porque hay delicadeza y, sobre todo, porque hay amor... un sereno y suave amor de almas ingenuas bajo la santa protección de la Naturaleza.

¡Bienvenida «la Sulamita» porque es un libro de bellezas!

JORGE M. PIACENTINI.

Facultad de Filosofía y Letras.—Trabajos de Psicología normal y patología. *Profesor: Dr. Horacio G. Piñero (Publicación del laboratorio)* Dos tomos publicados con motivo del Centenario de la Independencia.

La publicación de los trabajos de psicología efectuados por el personal docente y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras es una evidente demostración de la laboriosidad y empeño que se pone en la enseñanza de esta materia.

El profesor H. G. Piñero forma parte eminente del grupo de estudiosos que comenzara entre nosotros, desde hace algunos lustros, la enseñanza de la psicología desde un punto de vista científico. Junto con C. Rodríguez Etchart, Ingenieros, Rivarola, Senet, Mercante, Jakob tiene el mérito positivo de haber iniciado una era que promete ser fecunda, y ya lo ha sido en parte, en el dominio de la misma psicología y de las otras ciencias (educación, lógica, psiquiatría, ética, filosofía), en las que puede arrojar mucha luz y tener grande influencia práctica. El Dr. Piñero, que es profesor de psicología desde hace diez y siete años, ha persistido desde un principio, sin variar y con igual entusiasmo, en el método y sistema de enseñanza adoptados.

En los dos voluminosos, bien ordenados e impresos tomos que constituyen los trabajos de referencia, se denotan claramente las orientaciones que ha impreso a la enseñanza; profesor también como es de fisiología en la Facultad de Medicina se ha posesionado de los métodos experimentales y objetivos, haciendo de la psicología una ciencia natural y fisiológica, en lo que ha sido secundado por el jefe de trabajos prácticos, Dr. Pastor Anargyros. Es preciso iniciar desde un principio a los alumnos en los métodos científicos; los desembrimientos y especulaciones, que con tanta facilidad se prestan al extravío imaginativo y a la concepción arbitraria, han de intentarse a base de un sólido conocimiento. Y como en psicología lo único científicamente determinable, son ciertos fenómenos que se pueden incluir en la psico-fisiología, mejor que en la psicología, ha sido preciso comenzar con su estudio, sin confinarse en ellos por completo. No olvidando por ello, que «la psicología experimental, como dice el prof. Piñero en el prólogo al libro de Paulhan «La fisiología del espíritu», usa en primer término el método